

**XXVIII Jornadas de Investigadores del Instituto de Literatura Hispanoamericana
Facultad de Filosofía y Letras (UBA) - Buenos Aires, abril de 2016**

**El *hambre de lectura* y las revoluciones hispanoamericanas-
Usos y paradojas**

Mariana Rosetti

CONICET-UBA

En su conocido estudio *Espacio público, crítica y desacralización*, Roger Chartier se pregunta si los libros hacen las revoluciones. El cuestionamiento de este historiador busca desarmar la hipótesis que sostiene “que la lectura está investida de un poder de persuasión tan fuerte que es capaz de transformar por completo a los lectores y de hacer que sean como los textos lo quieren” (82). La hipótesis referida consideraba que la Revolución Francesa había sido realizada por hombres “transformados”, “hechos” por los libros filosóficos.

Para desestimar tal apreciación, Chartier analiza los cambios culturales producidos a mediados del siglo XVIII en Francia y que implicaron una apertura del fenómeno de la lectura urbana. En particular, rescata la gran participación de los lectores populares que, sin necesidad de comprar los libros, “devoran novedades y folletos en el espacio abierto de la gran ciudad” (84). El *hambre de lectura* no se encontraba registrado en las colecciones que aparecen en los inventarios de los notarios. Esta necesidad de lectura demuestra la presencia de *lectores multiplicados* que hacen uso, que se apropian de forma estratégica, del contenido de los escritos que circulaban por la ciudad de París. A su vez, Chartier matiza la fuerza de persuasión de las publicaciones de denuncia debido a los límites de circulación que estos textos encontraron, límites evidentes en la incapacidad de comprensión de los mismos por parte del vulgo y su lectura reducida por pocos hombres (96). Estas barreras de circulación de la literatura panfletaria impiden que sea considerada

forjadora de creencias populares revolucionarias y, con ello, de desacralizar la figura del monarca de su investidura simbólica.

Para desestabilizar la relación de la lectura como forjadora de creencias revolucionarias, Chartier hace uso de la categoría de *lectura oblicua* de Richard Hoggart que le permite observar cómo distintos sectores de la sociedad parisina que se acercaron, por ejemplo, a la obra de Rousseau, compartieron esa lectura aunque no así el uso que hicieron de la misma (97,98). El estudio de distintos casos le permiten a este historiador sostener que lo esencial de los textos filosóficos está menos en el contenido subversivo que en un *modo de lectura inédito* que desarrolla una actitud crítica, desprendida de las dependencias y de las obediencias para con las autoridades establecidas (106).

A los fines de esta ponencia, nos interesa rastrear el fenómeno del *hambre de lectura* o apertura y multiplicación de lecturas críticas en distintas escenas político-culturales de preparación de los procesos de independencias hispanoamericanas. En particular, sostenemos que el complejo proceso de independencias hispanoamericanas se configuró sobre un desfase entre el uso didáctico-político de los escritos por parte de los letrados criollos y las prácticas de lectura ambiguas y relativas de los criollos y de las castas americanas. Este desfase generó desilusiones y fisuras en los proyectos utópicos de emancipación propuestos por libertadores como Francisco de Miranda y Simón Bolívar. A su vez estipuló una suerte de construcción por parte de los letrados criollos de lo que sería una correcta y productiva *lectura de la emancipación* mediante la cual se educaba desde el púlpito, la plaza y los catecismos políticos a los futuros ciudadanos sobre cómo accionar de acuerdo a los nuevos lenguajes políticos liberales.

Las escenas de lectura seleccionadas nos convocan por evidenciar las paradojas que han experimentado los letrados criollos a la hora de configurarse en guías, moderadores y reguladores de la *opinión pública* en Hispanoamérica. Estos hombres de letras buscaron homogeneizar y encauzar la elasticidad y ambigüedad de las lecturas oblicuas de los lectores hispanoamericanos y gracias a su nueva labor configurarse en autoridades ciudadanas¹. Para sustentar esta hipótesis, consideramos fundamentales las

¹ Entendemos el concepto de autoridad ligado a la figura de publicidad como lo trabajan Francois-Xavier Guerra (1991; 1998), Annick Lempériere (, 1998); Elías Palti (2005,2008) y Pablo Martínez (2011). “Un

aproximaciones críticas de Guerra ; Lemperiere ; Rodríguez O. (La emancipación); Breña (El Imperio) y Clément que desestiman la seducción de los libros filosóficos franceses. Sobre todo, estos análisis matizan los cambios culturales que se observaron en las revoluciones americanas a fin de limitar los efectos perlocutivos de los discursos independentistas. Buscamos así plantear la construcción de un sentimiento a favor de la independencia absoluta de manera paulatina ligado a la “torpeza o la crueldad de la reacción realista en varias regiones y que, en algunos casos tuvo que venir de fuera [...]” (Breña).

Los usos de la *biblioteca americana*

Raquel Chang-Rodríguez construye el sintagma *biblioteca americana* para referirse a un intercambio cultural simultáneo y heterogéneo y lo concibe como:

el no acotado lugar donde se inicia el diálogo, pues desde allí el sujeto colonial ofrece su conocimiento a conquistadores y catequizadores, y a la vez se apropia del saber occidental; y, desde otra perspectiva, porque en este espacio sin límites, conquistadores y catequizadores y sus productos culturales son transformados tanto por la urgencia de la tarea colonizadora como cuanto por sus contactos con las civilizaciones americanas (121-122).

Si bien el concepto elaborado por Chang-Rodríguez se aplica al período de conquista y evangelización en tierras americanas, lo cierto es que nos permite analizar los cambios que los viajeros europeos han presenciado en las prácticas de lectura de los americanos a mediados y fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. Para el caso, destacamos dos escenas de lectura: en primer lugar, observamos el encuentro que Carrió de la Vandra y su amanuense mestizo tienen con un criollo tucumano que les enseña su biblioteca. Esta escena condensa las fuertes críticas que el Visitador peninsular despliega en su informe de 1775/1776 referido al desconocimiento flagrante de los americanos sobre las riquezas y características de sus tierras, población y recursos económicos:

publicista sigue siendo un autor, sólo que su autoridad proviene de un acceso mejor a la verdad, de la posibilidad de enunciar la opinión pública que, una vez hecha explícita, se presenta como evidente para los miembros de esa sociedad” (Martínez Autores y publicistas 185).

Llegando cierta tarde a la casa rural de un caballero del Tucumán con el visitador y demás compañía, reparamos que se explicaba en un modo raro y que hacía preguntas extrañas. Sobre la mesa tenía cuatro libros muy usados y cuasi desencuadernados: el uno era el Viaje que hizo Fernán Méndez Pinto a la China; el otro era el Teatro de los Dioses; el tercero era la Historieta de Carlo Magno con sus Doce Pares de Francia, y el cuarto las Guerras civiles de Granada. El visitador, que fue el que hojeó estos libros y que los había leído en su juventud con gran delectación, le alabó la librería y le preguntó si había leído otros libros, a que el buen caballero respondió que aquéllos los sabía de memoria y que, porque no se le olvidasen los sucesos, los repasaba todos los días [...] Observando el visitador la extravagancia del buen hombre, le preguntó si sabía el nombre del actual Rey de España y las Indias, a que respondió que se llamaba Carlos III, porque así lo había oído nombrar en el título del gobernador [...] De su país no dio más noticias que de siete a ocho leguas en torno, y todas tan imperfectas y trastornadas, que parecían delirios o sueños de hombres despiertos (62-63).

Esta cita estipula la posesión del saber europeo desligado de toda utilidad práctica hacia el cultivo de los campos americanos (sea en matriz académica como económica). La lectura memorística y diaria de los libros por parte del criollo lo llevaría al aislamiento y a una pasividad erudita extravagante que ridiculizan tanto el visitador ilustrado como su amanuense mestizo.

En segundo lugar, seleccionamos una carta que Alejandro de Humboldt le escribe a su hermano Guillermo el 17 de octubre de 1800 en la que cuenta haber visto en Cumaná (Venezuela): hacendados que propiciaban malos tratos a sus esclavos, “con un Raynal en la mano y hablando con entusiasmo de la causa de la libertad, cuando vend[ía]n los hijos de sus esclavos negros pocos meses después de su nacimiento” (cit. por Clément 134). Esta carta la trabaja Clément para dar cuenta de los frenos tanto naturales como socio-culturales que pusieron los criollos frente al avance de ideas y lecturas revolucionarias, producto de la Revolución Francesa (1789) y el descontento americano a causa de las reformas borbónicas. Este historiador trae a cuenta la carta de Humboldt para desestimar la

causalidad de la posesión, y la lectura de un libro como factores de la aceptación de las ideas que contiene ese texto. Por tal motivo, dice: “Se puede, efectivamente, pensar con mucha razón que la causa principal de la Independencia hispanoamericana no procede de una influencia literaria o intelectual externa, sino de la propia situación político-social de los grupos que constituían la sociedad colonial” (143). El fragmento elegido nos muestra cómo el criollo hacendado, sale al campo con el libro en la mano y dirime sobre la vida de los esclavos y sobre las tierras. Sin destacar una mejoría del criollo para con el medio en que se mueve, encontramos que la relación de posesión y lectura de los libros se van haciendo más ambiguas y opacas.

Las dos escenas comentadas son anteriores a los procesos revolucionarios hispanoamericanos. Sin embargo, permiten observar las problemáticas constantes que se suscitaron, en particular en América, entre los deseos de cambio y la carencia de una *opinión pública* burguesa. Al respecto, Guerra destaca la necesidad que se experimentó en América de recurrir a prácticas culturales supletorias de la función político-social de una opinión pública en ciernes: “la época revolucionaria mostrará que existen en ellas élites modernas convencidas y un “germen de espacio público” que estaba esperando un momento propicio para salir a la luz” (109).

Estas prácticas culturales supletorias consistirían en el armado de redes de correspondencia donde circularían manuscritos y novedades tanto propias de las provincias americanas como en relación a los hechos acaecidos en la Península. A su vez, durante los primeros años del siglo XIX la injerencia cultural y política de ciertos periódicos americanos fue fundamental (entre ellos destacamos el *Diario de México* y el *Mercurio Peruano*). Estos cotidianos y periódicos ejercieron el rol de productores de nuevas costumbres culturales ligadas a la construcción de una capacidad crítica y artística del lector-suscriptor. A pesar de ello, y acordando con Guerra, si bien estos periódicos alentaron la autonomía crítica de sus lectores, configuraron una retórica del *buen gusto* que lejos estuvo de permitir escenas de lectura como las que se vivieron en España a causa de la Revolución gloriosa de 1808:

Todos se han metido de hoz y de coz a políticos: todo es hablar de noticias, de reformas y arbitrios, etc. Hasta los mozos de esquina compran la *Gazeta* en las tabernas y en los altos estrados, junto a Mariblanca y en el café, no se oye más que batallas, revolución, Convención, representación nacional, libertad, igualdad: hasta las putas te preguntan por Robespierre [...] y es preciso llevar una buena dosis de patrañas gacetales para complacer a la moza que se corteja (Guerra , cit. Tortajada, Carta de Estala a Forner 100).

La cita destaca la mercantilización y apertura del fenómeno político en consonancia con el comercio de los afectos. El “estar al día” como lector de gacetas, folletos y panfletos, aseguraría el placer de una conquista. El lector efímero reproduce en sociedad su forma de lectura en el tipo de relaciones que busca del sexo opuesto.

Para el caso americano, deberíamos profundizar la injerencia que los letrados criollos ejercieron sobre el espacio público ya que regularon de manera rigurosa, aunque ingenua y desfasada, las acciones que debían llevar a cabo los ciudadanos americanos a fin de lograr su autonomía político-cultural.

El libertador americano y la lectura como acto político

Jeremy Adelman y Roberto Breña analizan la gran desilusión que experimentó Francisco de Miranda en su fallido intento de liberación venezolana luego de su arribo al puerto La Vela de Coro en 1806: “y se encontraron que estaba prácticamente desierta pues los espías del gobierno español habían advertido de su llegada. No hubo vítores para *El Precursor*, ni americanos que se unieran en masa a su causa ni tropas españolas que enfrentar” (Breña 63). Esta escena de desidia emancipadora es leída por Adelman como el desierto de la nación: la nación que buscaba Miranda no estaba, motivo por el cual el libertador se retiraría de su patria y llevaría a cabo una lucha de liberación por medio de la prensa para crear una nación de ciudadanos virtuosos de los que hasta ahora habían sido sujetos coloniales. Según Adelman, Miranda quería crear opinión pública donde antes no la había (319).

Destacamos la labor de Miranda en esos días que estuvo en Coro ya que allí le leyó al escaso pueblo reunido la proclama por él escrita del 2 de agosto de 1806 titulada

“Propuesta a los pueblos del continente Américo-Colombiano”. Esta proclama debía guiar la vida de las poblaciones que fuera conquistando el ejército libertador. La misma contenía un decálogo de máximas entre las cuales se destaca la lectura obligada en misa de la *Carta dirigida a los españoles americanos* de Viscardo y Guzmán de 1792 (de la cual Miranda fue su gran propagador al publicarla y traducirla al francés y al inglés).

Breña considera el fracaso de la construcción de una lectura performativa y libertaria al desconocimiento de Miranda de la situación en América y a la ingenuidad con respecto al poder de las ideas y de los discursos para modificar las actitudes y, sobretodo, los comportamientos de las personas (65). Esta ingenuidad del letrado criollo exiliado actúa como matriz de sentido para analizar el accionar desfasado y problemático de muchos libertadores y próceres de las independencias americanas. Entre ellos destacamos las apreciaciones de fray Servando Teresa de Mier sobre la fuerza performativa de la lectura de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Las Casas: “[...] envió a usted un ejemplar de Casas que he reimpresso con un discursito mío, preliminar. Es cosa excelente para la revolución, y con sólo leer en la misa un capitulo en Soto la Marina, todo el pueblo tomó las armas” (cit. en Pulido Herráez 384-385). Esta caracterización de la lectura de la emancipación la configura el letrado Mier en una carta que le envió a su amigo Pedro Gual (quien fuera en su momento secretario personal de Francisco Miranda) y es del 12 de septiembre de 1821 durante su estadía en Filadelfia.

Llama la atención la configuración emancipadora que le otorga Mier a la lectura de la obra de Las Casas luego que el viaje al que se sumara y que lideró el militar peninsular Xavier Mina con el objetivo de invadir y liberar a México fracasara ni bien arribaron a Soto la Marina en el año de 1817. Tras ese fracaso, Mina y sus soldados serían asesinados y Mier estaría preso en las cárceles inquisitoriales por cinco años. Sin embargo, y tomando en consideración los análisis tanto de Begoña Pulido Herráez como de Mariana Ozuna Castañeda (Fray Servando Teresa de Mier) las cartas y escritos de Mier para sus pares letrados estipulan, construyen y representan la labor letrada criolla no como testimonio de un criollo vapuleado y maltratado por el sistema colonial y traicionado por sus pares americanos, sino como ficción utópica del ejemplar accionar letrado criollo. Accionar

necesario (y ficticio) para encauzar una revolución cultural que haga una lectura efectiva y exitosa de los escritos europeos.

Los fragmentos de la carta de Mier y del plan de liberación de Miranda buscaron asimilar la lectura a un acto político de construcción ciudadana y liberación de la opresión colonial. Este deseo performativo sobre la reproducción oral de la escritura no cumpliría los fines deseados de los letrados criollos y los llevaría a experimentar profundas decepciones y traspés en el largo camino de emancipación cultural y política americanos.